

FRANCISCO GIL TOVAR, *Del arte y el hombre*, Bogotá, Ediciones HH, Fundación Humanismo y Humanidades, 1995.

Al hablar de humanismo en Colombia, en el más pertinente sentido del término, necesariamente hay que relacionarlo con el nombre de Francisco Gil Tovar, persona que además ha influido en gran medida en la formación de artistas y teóricos en el país, autor de unos cuarenta libros de diversos temas culturales y artísticos, historiador del arte y profesor universitario, en quien se advierte ese sentido de profunda preocupación por el hombre y las manifestaciones de su espíritu a través de la historia, pero ante todo por el hombre contemporáneo.

En su último libro, *Del arte y el hombre*, publicado por la Fundación Humanismo y Humanidades de Bogotá, el autor pone de manifiesto sus reflexiones alrededor de estos dos conceptos desde múltiples enfoques, en torno a la diversidad de relaciones entre el uno y el otro, poniendo en evidencia su vasta cultura, erudición, capacidad de análisis y comprensión: "El arte es, ante y sobre todo, una manifestación del espíritu; vale decir, del hombre. Éste es su inventor, su productor, su tema principal, su espectador, su recreador...; también su comerciante y a veces su censor y perseguidor. Por supuesto, no es posible hablar de arte sin hacerlo del hombre".

Es éste uno de esos libros que se leen con interés y que pasan luego a constituirse en obligada consulta, cuando de puntualizar alguna idea o término se trata. Indudablemente, es un libro didáctico, que acude a citas

de artistas y obras, a filósofos, pensadores y escritores, así como a etimologías y definiciones de términos que aclaran nociones y ayudan a una mejor comprensión de los temas tratados. Dichos temas resultan de sorprendente vigencia y aplicabilidad, aunque aparecieron en revistas y en la prensa diaria durante las últimas décadas, marcando la preocupación del momento.

Gil Tovar enfoca el arte como fenómeno profundamente vital y al hombre como ser capaz de dar sentido a las cosas en relación con su vida. Sólo así, expresa el autor, lo que llamamos arte obtiene su razón de ser, en la medida en que es vehículo entre los hombres, testimonio constante de la existencia de la vida personal.

El libro se refiere a lo humano como el gran tema, los reflejos del hombre en el arte actual, como un proceso de humanización que lo refleja en plena existencia individualista, pero también en su valor irracional. Un hombre que intenta y cree liberarse por el arte.

Entre los temas de mayor interés, se refiere a "El rostro y su máscara": no solamente el rostro es humano, sino que es *lo* humano. Su importancia en las relaciones humanas y más aún, visto de frente, *de cara*, es el que más nos identifica, "como lo demuestra ese retrato, casi siempre horroroso y pasmado que nos colocan en la cédula de identidad, al que nos vamos pareciendo irremediablemente poco a poco y que no falla para que alguien sepa quiénes somos, o, al menos, cómo estamos por fuera", ocupándose luego el autor del enmascaramiento y su importancia en diversos momentos.

Al enfrentarse al análisis de los gustos y modo de ver, se detiene en la simbiosis arte-imitación-buen gusto-buen oficio-decoratividad. El problema real del arte consiste en cambiar la mirada, ya que el arte no puede ser *habitual*. Sinceridad y autenticidad. El artista ante las ideologías y la fascinación del certificado.

La enunciación de algunos de los temas tratados ilustra al lector sobre la gama de intereses y de interrelaciones del arte con el complejo y multifacético mundo de la cultura: arte y tecnología; arte patafísico; esnobismo: ¿motor o rémora?; "A propósito del Ninfismo", término utilizado por Ramón Gómez de la Serna, aludiendo a un arte que escapa a la sexuación; el desnudo; la violencia; la Iglesia frente al arte: arte religioso, arte eclesiástico, arte cristiano, arte sagrado; aspectos y temas relacionados con la educación y enseñanza del arte y por el arte; arte y universidad.

Al referirse al complejo ámbito de la producción, toca con el fin de puntualizar y establecer delimitaciones y sutiles diferencias, términos como: crítica, lucubración teórica, comentario y literatura, que provocan una obra de arte.

Indaga el autor: ¿habrá realmente creación o simbiosis?, para concluir con el concepto de *intersemiosis*. Citando a Malraux: "Una obra de arte se origina siempre en otra obra de arte". El mundo de los signos y sus significaciones y el mundo de los conceptos y sus concepciones llevan consigo la capacidad casi compulsiva de su recreación.

Así, el artista resulta más bien el recreador de conceptos y signos animados por el ámbito, y atento a las intersemiosis. Y lo será en la medida en que pueda y sepa hacer suyos, personales, los signos renovados.

Al final, el autor se propone efectuar un cuadro de lo que se podría calificar como el campo artístico: el tipo de personas, actividades e instituciones que conforman el ámbito directo del productor de arte y que entran en el juego cotidiano de la intersemiosis; es decir que se prestan constantemente ideas y signos, así como orientaciones, enseñanzas y compromisos, y hasta presiones.

Son ellos el artista, el escritor sobre arte, el docente, el periodista cultural, el museólogo, el galerista, el *marchand* y el público, valiéndose de la ocasión para aludir a las entidades, los medios de difusión y su responsabilidad.

Cuando indaga: el artista ¿para qué?, concluye que el arte tiene que ver con todos: con los artistas-productores, capaces de transformar el hecho estético en obra de arte, y los espectadores-realizadores, capaces de revertir las obras y las cosas de todo tiempo en nuevos fenómenos vitales para el espíritu, dando como resultado el hecho de que la historia del arte no se puede escribir una vez sola, pues algo vive siempre nuevamente en ella para el que la repite.

LYLIA GALLO

Profesora del Instituto
de Investigaciones Estéticas.